

LUGARES DE MEMORIA LIBERAL DE LA ÚLTIMA GUERRA CARLISTA EN NAVARRA. SU PRESENCIA EN EL CALLEJERO DE PAMPLONA (1873-1937)*

Ángel García-Sanz Marcotegui

Al igual que en la de los Siete Años (1833-1839), en la tercera guerra carlista (1872-1876) la alineación mayoritaria de Navarra con el Pretendiente legitimista es incuestionable. Con todo, en 1873 y 1874 las fuerzas de este último encontraron una gran resistencia en la toma de varias localidades navarras, a pesar de que algunas de ellas estaban casi desgarnecidas. La decidida actuación de quienes, aunque muy inferiores en número, se opusieron a los carlistas y el alto precio que tuvieron que pagar por ello, asesinatos incluidos, adquirieron un gran simbolismo para los liberales navarros. De ahí su empeño en perpetuar su recuerdo y construir sobre ellos una «política de memoria» para reforzar y reproducir sus rasgos de identidad. De todos modos, a la larga esa «política de memoria» fracasaría porque pugnaba con la de sus adversarios absolutistas, que siguieron siendo hegemónicos en Navarra. El trabajo se ocupa de tales hechos y de las vicisitudes de la «política de memoria a contracorriente» a que dieron lugar.

Los sucesos de referencia ocurrieron en Pamplona, Estella y Cirauqui¹. El vecindario de esta villa, situada a 30 kilómetros de la primera y 14 de

* Este trabajo se ha elaborado en el marco del proyecto de investigación *El Sexenio Democrático en Navarra. Análisis prosopográfico de los liberales*, dirigido por Ángel García-Sanz Marcotegui y subvencionado por el Gobierno de Navarra. Una primera versión del mismo se presentó en el VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, *Memoria e Identidades* (Santiago de Compostela-Ourense, 21-24 de septiembre de 2004).

¹ Esta localidad tenía entonces apenas 1.700 habitantes. En el censo de 1860 aparece con 1.752 y en el de 1877 con sólo 1.366 de hecho. A la vista de los sucesos que se refieren aquí cabe pensar que el descenso fue provocado por la guerra civil.

la segunda, era mayoritariamente carlista como muestran los resultados de las elecciones a Cortes Constituyentes de enero de 1869: la candidatura tradicionalista obtuvo 263 votos y la liberal-fuerista-monárquica sólo 34². No obstante, el panorama político de Cirauqui debía de ser algo más complejo del que arrojan esos resultados. La mayoría de los liberales o de los que sin serlo tampoco eran carlistas debieron de abstenerse (lo hicieron en torno a cien electores) y en todo caso más de sesenta vecinos habían formado una compañía de voluntarios de la Libertad y después de la República. Sea como fuere, desde su alistamiento estos últimos tuvieron que convivir con sus paisanos en un ambiente hostil y cada vez más desfavorable. Como vamos a ver, y con cierto detalle, para comprender su desenlace, las relaciones entre ambos grupos fueron muy difíciles desde antes de la guerra y tras su inicio desembocaron en tragedia en julio de 1873 cuando los voluntarios se rindieron a las tropas del titulado Carlos VII.

La primera noticia al respecto es de principios de noviembre de 1872 y a propósito del entierro de un voluntario de la Libertad del pueblo. Sus amigos acordaron que toda la compañía fuese hasta el cementerio como prueba de compañerismo, máxime teniendo en cuenta que la familia del finado carecía de recursos para enterrarlo «con la decencia *que nuestros curas le hacen al cristiano cuya familia queda en buena posición social*» (en cursiva en el original). La compañía salió del cuartel formada y a toque de corneta acompañó al cadáver hasta el camposanto por un camino atestado de curiosos y en medio de una gran tensión, pues mientras los liberales mostraban su apoyo a la presencia de los voluntarios los carlistas decían que era una provocación para ellos. La crispación llevó a altercados entre unos y otros que, si bien no degeneraron en desgracias personales, revelan las profundas enemistades que dividían al pueblo y el peligro de que muy pronto se trocasen en violencia, pues algunos incluso la deseaban para terminar con la situación. Así, el informante de este suceso decía que: «de lo acontecido en el día de ayer en esta villa y de los retos y emplazamientos lanzados únicamente por los carlistas a los liberales, protestando que de aquí a quince días han de hacer y acontecer, deduzco que los defensores *nominales* de la religión, *demagogos de hecho*, se preparan a una nueva intentona, que yo deseo para ver si a fuerza de descalabros, y aplicándoles el Gobierno, cualquiera que éste sea, su justo castigo, desisten de sus calaveradas y recobramos la paz y tranquilidad que ha tiempo disfrutamos»³.

² Archivo Municipal de Estella, caja 68.

³ Carta publicada en el semanario pamplonés *La Montaña. Periódico Republicano-Federal*, 10-XI-1872.

Con el inmediato comienzo de la guerra, a finales de 1872, las relaciones entre los vecinos de Cirauqui se deterioraron gravemente como se deriva de las noticias siguientes. A principios de enero del año siguiente, el párroco de la localidad de Murillo de Yerri (valle próximo a Estella), movilizado con las fuerzas del Pretendiente, advirtió al alcalde y jefe de los voluntarios de Cirauqui, su amigo Joaquín Iriarte, de que según fuera su comportamiento con la familia de uno de aquéllos, casado con su hermana y al que decía que vejaban, «será el nuestro con la tuya». Iriarte, que puso de relieve lo impropio de que un clérigo escribiese una misiva en un tono tan poco acorde con su ministerio, rechazó las imputaciones y declaró que ni él ni sus voluntarios habían faltado a la hermana del abad (que lo corroboró junto a su marido), ni a su familia ni a ningún carlista⁴.

Pocas semanas más tarde, el 27 de febrero, el general carlista Dorregaray, que mandaba Navarra, las provincias Vascongadas y la Rioja, comunicó al citado Iriarte que era preciso deslindar los campos políticos en Navarra y le intimó a rendirse en el plazo de una hora, prometiendo que ni a él ni a sus hombres les pasaría nada y que podrían volver a sus casas y dedicarse a sus ocupaciones habituales. Iriarte respondió el mismo día en un tono grandilocuente: sus voluntarios, «ardientes defensores de la libertad e independencia de los españoles», no estaban dispuestos a entregarse por fútiles promesas o amenazas cobardes y preferían la muerte «peleando por su prenda más cara, la libertad». Añadió también que defenderían el gobierno de la República legítimamente constituido y que efectivamente los campos estaban deslindados: «los liberales que son los que desean el bien de España, agrupados bajo la bandera de la República, constituyen un solo partido robusto, potente, invencible. Los carlistas, que no perdonan medio ni ocasión de producir trastornos y disturbios en España, mereciendo por su conducta el epíteto de hijos espúreos (sic) de su patria, forman la otra fracción política». Concluía advirtiendo a Dorregaray de que si alguno de los familiares de sus voluntarios era perjudicado en su persona e intereses, la misma suerte correrían muchos carlistas. No quiero represalias y no partirían de él ni de los suyos, le decía, pero también que se atuviese a las consecuencias si él u otro jefe de partida las ordenaba⁵.

Los carlistas no pudieron tomar Cirauqui en ese momento y en los siguientes meses sus voluntarios de la República se enfrentaron con éxito a

⁴ *La Montaña*, 19-I-1873.

⁵ Esta correspondencia se recoge en el Apéndice del folleto *Estella y los carlistas. Defensas del fuerte de Estella y consideraciones sobre la guerra civil en Navarra*, Madrid, 1874, Imprenta de Pedro Montero, pp. 70-72.

los carlistas en varias ocasiones. Así, el 17 de abril treinta de aquéllos, al mando de Iriarte, dispersaron a cuarenta de éstos en la jurisdicción de la villa y les tomaron pertrechos de guerra⁶. El 25 de mayo siguiente otro grupo similar de los referidos voluntarios aprehendió 84 acémilas que llevaban 4.000 raciones de pan, vino, carne y cebada para los carlistas tras dispersar a las fuerzas de escolta. El gobernador civil les felicitó por esta acción y además les autorizó a vender las raciones y a quedarse con el beneficio para estimular a los que exponían su vida por la República⁷.

Lo expuesto hasta aquí explica el interés de los carlistas en doblegar a los voluntarios de la república de Cirauqui, objetivo que se dispusieron a conseguir en julio. El 12 de ese mes, tras conquistar la cercana localidad de Puente la Reina, Dorregaray conminó de nuevo a rendirse al jefe de los 62 voluntarios de la República, que en primera instancia se negaron y, diciéndole que se atuviera a la carta del 27 de febrero anterior, se aprestaron a defenderse. Sin embargo, después de un severo ataque que incendió sus fortificaciones y de que sus madres, esposas, hijas y hermanas, acompañadas por dicho general carlista, se presentaran ante ellos por segunda vez para disuadirles de su propósito, el día 13 en una votación al efecto «32 optaron por rendirse y 30 por morir quemados» en el fuerte (en torno a la iglesia) en el que se hallaban encastillados. Cuando Dorregaray accedió a cumplir las condiciones de la capitulación (respeto de sus vidas, etc.) los voluntarios se entregaron, lo que tuvo fatales consecuencias. El general carlista les había prometido ponerles una guardia de confianza, pero lejos de eso, una o dos horas después de su rendición, un gran gentío (habían llegado paisanos de los pueblos próximos), al grito, entre otros, de «¡Aquí! ¡Aquí están estos herejes!», mató impunemente a 36 de ellos a tiros y golpes de bayoneta⁸. Los restantes lograron salvar su vida escondiéndose hasta que un jefe carlista logró

⁶ *La Montaña*, 20-IV-1873. El semanario encomió la conducta de los voluntarios de Cirauqui diciendo que si en todos los pueblos se hiciera igual se acabaría con la insurrección de los carlistas, que estaban arruinando la provincia para «producir tan solo el enriquecimiento de unos cuantos bandidos».

⁷ *La Montaña*, 1-VI-1873

⁸ Ya durante su ataque los carlistas habían gritado a los voluntarios: «¡Han de morir esos herejes, ladrones infames!» (*Parte detallado que el Jefe de la fuerza de voluntarios de la República de Cirauqui pasa al Sr. Gobernador civil de la Provincia, sobre los horribles asesinatos perpetrados por el grueso de las facciones el día 13 de la fecha; se trata de dos pliegos de 52 × 32 cms., que se conservan en el Archivo Administrativo del Gobierno de Navarra —caja 20.273, 3— y se recoge en el Apéndice del folleto *Estella y los carlistas. Defensas del fuerte de Estella y consideraciones sobre la guerra civil en Navarra*, pp. 73-80).*

parar la matanza⁹. Tras calificarles de cobardes y asesinos, les dijo a los atacantes que habían deshonrado su partido, y que nunca podrían lavar la mancha que sobre él acababan de echar»¹⁰.

Pirala señala en el origen de los hechos una causa cuya responsabilidad en su desencadenamiento es difícil valorar, pero que en cualquier caso muestra el alto grado de rivalidad y de mutuo aborrecimiento al que habían llegado los carlistas y los liberales en Cirauqui. Según los informes recabados por el historiador de las guerras civiles del XIX, los rendidos en esa localidad más que a sus atacantes debían de temer a los carlistas del pueblo, a los que algunos de aquéllos habían irritado en extremo, y sobre todo a las mujeres, pues les habían obligado a llevar agua del río para la construcción del fuerte y vaciándoles los cántaros en el suelo para humillarlas les hacían subirlos llenos por una empinada cuesta; «así que estas mujeres al saber que se concedía vida y libertad a los defensores del fuerte se enfurecieron contra ellos (...) se amotinaron, exponiendo sus quejas y pidiendo la muerte de los rendidos». Algunos jefes carlistas trataron de apaciguarlas pero una parte de sus tropas simpatizaron con la gente sublevada y mataron a los voluntarios liberales¹¹. Por el contrario, paradójicamente, según otro historiador del XIX, I. A. Bermejo, «ni las lágrimas de las mujeres, ni las súplicas de los ancianos bastaban a detener aquellas fieras ebrias de rabia», los carlistas, en su afán de matar, destruir, saquear e incendiar en Cirauqui¹². Por su parte, el atrabiliario antiliberal pamploñés (aunque había sido miliciano nacional durante el Bienio) Leandro Nagore señaló que tras la rendición, «ya sea porque los carlistas se hallaban excesivamente predispuestos y enconados con ellos, o ya sea porque la turba o populacho arrastró (sic) por todo ello es que fueron muertos hasta

⁹ Pocos meses después un ayudante de Dorregaray, Olózaga, descontento con las actuaciones de sus correligionarios, en especial en Cirauqui, se acogió al indulto y fue a Pamplona, donde acompañado de uno de los oficiales que había logrado salvarse el 13 de julio, Tirso Lacalle, y otro de la Guardia Foral de Navarra (fuerza que combatía a los carlistas), se presentó al gobernador y expresó su intención de explicar su conducta en un manifiesto (*El Noticiero de Navarra*, 30-X-1873, y *La Montaña*, 1-XII-1873).

¹⁰ *Parte detallado que el Jefe de la fuerza de voluntarios de la República de Cirauqui*.

¹¹ PIRALA, A., *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la Guerra Civil*, Madrid, 1877, t. IV, pp. 449, 450. El Cuerpo de Estado Mayor del Ejército viene a coincidir con Pirala y responsabiliza a los jefes carlistas, y sobre todo a Idoy, de haber abandonado el pueblo dejando a los voluntarios a merced de la gente (*Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876 por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército*, Madrid, Imp. y Lit. del Depósito de la guerra, 1883, t. III, pp. 35, 36).

¹² BERMEJO, I.A., *Historia de la Interinidad y guerra civil de España desde 1868*, Madrid, 1877, t. III, pp. 797, 798.

diez y siete o diez y ocho voluntarios incluso el jefe Iriarte. No pudo saberse con evidencia si realmente fueron muertos por los vencedores o asesinados por el pueblo, que se precipitó sobre ellos en los momentos de rendición, en venganza de lo oprimido y vejado que había estado por aquéllos durante su dominación»¹³.

Sea como fuere, el día siguiente de tomar dicha villa, los carlistas se dirigieron a hacerse con Estella¹⁴. La mitad de la población de la ciudad había huido ante el acoso de aquéllos, pero el resto mayoritariamente celebró de antemano su entrada¹⁵. En medio del jolgorio general un grupo llegó incluso a exhibir la blusa del uniforme del teniente de la compañía de voluntarios de la República y alcalde de la ciudad, el procurador de los Tribunales Benito Vera, que había sido uno de los asesinados el día anterior¹⁶. Sin embargo, durante tres días los defensores de Estella, unos 300 hombres (una compañía de soldados regulares, 60 voluntarios y 160 soldados enfermos o convalecientes en el hospital) opusieron una enérgica resistencia a sus atacantes, que finalmente, a pesar de sobrepasarles en número, tuvieron que retirarse, siendo acompañados por «nueve décimas partes de la población»¹⁷.

Durante el transcurso de los enfrentamientos se sucedieron una serie de escenas dramáticas entre los defensores, que temieron correr parecida suerte que los de Cirauqui si capitulaban. Como en esa localidad, Dorregaray hizo que familiares directos de los voluntarios (madres, mujeres e hijos) fuesen hasta cerca de sus parapetos y les instaran a rendirse con la promesa de que se les perdonaría la vida. Igualmente intentó conseguir la rendición mediante la intercesión en el mismo sentido de la hija del

¹³ NAGORE, L., *Apuntes para la historia, 1872-1876. Memorias de un pamplonés en la segunda guerra carlista*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1964, pp. 20, 21.

¹⁴ Ya al anochecer del 2 de enero anterior varios cientos de carlistas habían ocupado dos plazas de la ciudad, haciéndose con un trimestre de contribución y equipo de los voluntarios de la Libertad, que con la guarnición se encerraron en el fuerte (*La Montaña*, 5-I-1873, y PIRALA, A., *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la Guerra Civil*, t. IV, pp. 207, 208).

¹⁵ La difícil situación de Estella y la noticia de la huida de la mitad de su población fue comunicada al ministro de la guerra por el general Sánchez Bregua, que puso de manifiesto la imposibilidad de que la guarnición aguantase el ataque de los carlistas (*Narración de la guerra carlista de 1869 a 1876 por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército*, t. III, p. 83).

¹⁶ *Estella y los carlistas. Defensas del fuerte de Estella y consideraciones sobre la guerra civil en Navarra*, p. 35.

¹⁷ *Defensa del fuerte de Estella atacado por los carlistas en los días 14, 15 y 16 de Julio*, Pamplona, Imprenta Provincial, pp. 15, 16.

capitán de los Voluntarios, Blas Cintora¹⁸, y de la mujer e hija del gobernador militar, Francisco Sanz Sanz¹⁹. Sin embargo, la resistencia continuó y la proximidad de columnas de socorro hizo que los carlistas se alejaran²⁰.

¹⁸ Blas Cintora (Estella, 1818-1885), abogado, era registrador de la propiedad de Estella y el mes de mayo anterior había sido nombrado para desempeñar este cargo en Ciudad Rodrigo. Su mujer, Pancracia Ibarra, le acompañó en la defensa y animó a la guarnición a resistir a los carlistas [GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., «Pancracia Ibarra, liberal y fuerista. Su testimonio sobre la última guerra carlista en Navarra», *Boletín del Instituto Gerónimo de Ustáriz*, 11 (1995), pp. 137-145].

¹⁹ Francisco Sanz Sanz (Mañeru, Navarra, 1817-Pamplona, 1874), había combatido a los carlistas en el batallón franco de Chapelgorris de Guipúzcoa en la guerra de los Siete Años; en agosto de 1867 se sublevó con los carabineros de su compañía y tuvo que emigrar. Regresó a España en noviembre de 1868 y fue comandante militar de Sangüesa en 1869 y de Estella desde el 3 de enero de 1870 (Archivo General Militar, Segovia, Expediente personal).

²⁰ *Defensa del fuerte de Estella atacado por los carlistas y Estella y los carlistas. Defensas del fuerte de Estella*. Tras resistir durante ocho días Estella capituló el 24 de agosto siguiente. Ese mismo día *La Montaña* se hizo eco del descontento de los liberales navarros por «la inexplicable prudencia» de los generales encargados de combatir a los carlistas en el Norte y pidió que destinasen fuerzas a ayudar a los sitiados en la ciudad del Ega por solidaridad con ellos y para evitar que su caída proporcionara a los carlistas «la importancia que realmente no tienen». El semanario dio cuenta también de las reuniones del partido republicano federal de Pamplona los días 21 y 22, en las que pronunciaron discursos a favor de auxiliar a los defensores de Estella el citado Tirso Lacalle (ver las notas 9 y 21) y Telesforo Lacarra, que se menciona en la página 8, del nombramiento de una comisión para gestionar ante los gobernadores civil y militar la formación de una columna de socorro con fuerzas del Ejército y voluntarios de la República, de la aprobación tras una larga discusión de que se abriera un alistamiento que terminaría el 23, de los que estaban dispuestos a tomar parte en aquella. Todas estas gestiones hicieron innecesaria la llegada de ayuda desde Pamplona y retrasaron la llegada de fuerzas de la guarnición de Zaragoza (de cuyo envío dio cuenta el gobernador civil en una grandilocuente circular en el *Boletín Oficial de la Provincia de Navarra* ya el día 25), a las que los carlistas les impidieron acercarse a Estella. En el número siguiente *La Montaña* publicó el «Parte Oficial» de la defensa de la ciudad, redactado por su comandante, el militar navarro Francisco Sanz, e informó de la llegada a Pamplona de los defensores (con siete carros de heridos y enfermos), las circunstancias de su resistencia, las condiciones de su rendición y de cómo a pesar de la escolda que les proporcionó Dorregaray, fueron insultados en los pueblos del camino. *El Porvenir Navarro. Periódico Republicano* (antecesor de otro de igual título que apareció en 1898) en su número 2 (3-IX-1873), anunció que en el siguiente publicarían en forma de folletín lo sucedido en Estella con los nombres de «los valientes» que habían tomado parte en él. Más datos acerca de los dos ataques de los carlistas a Estella en el verano de 1873 en PIRALA, A., *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la Guerra Civil*, t. IV, pp. 450-452 y 502-508. En 1931 José María Iribarren recogió en Estella el testimonio de un veterano carlista sobre el valor que habían demostrado los defensores de la ciudad antes de su capitulación (IRIBARREN, J.M., *Navarrerías. Saldo de retales*, Pamplona, Editorial Gómez, 1976, sexta edición, p. 19).

La noticia de lo ocurrido en Cirauqui y Estella se extendió muy pronto porque los supervivientes, sus familias y las de los asesinados de la primera localidad y también algunos liberales estellesses y sus allegados, como otros muchos de toda Navarra, se trasladaron a Pamplona. Uno de los oficiales de los voluntarios cirauqueses que había sobrevivido, Tirso Lacalle²¹, escribió el *Parte detallado* referido en la nota 8 que fechó en Pamplona el 19 de julio y que presumiblemente tuvo gran difusión, pues lo dio a la imprenta. En él figura la relación de los 36 asesinados y de los 26 supervivientes con sus nombres y apellidos. De éstos dice que, siendo «propietarios en grande, o por lo menos labradores bien acomodados», habían quedado en la miseria, lo que apunta a que quizás la diferencia de clase no fue ajena al enconamiento de las relaciones con sus vecinos. Sea como fuere, el espíritu de estos voluntarios se puede apreciar en la alocución, que precedía a la lista y que firmaron junto a Lacalle:

¡Voluntarios de la República de Navarra! ¡Soldados del Norte! ¡Voluntarios republicanos de España! ¡Españoles todos! Ya veis cómo cumplen los carlistas sus solemnes compromisos. La memoria de nuestros queridos compañeros sacrificados tan vil y cobardemente por esos hijos de Satanás, nos da nuevos bríos, nos infunde nuevo valor y nos obliga a empuñar otra vez las armas, como mañana lo haremos, para batirnos contra esos secuaces de la Inquisición, y morir en defensa de las libertades patrias.

²¹ Conocido por «el cojo de Cirauqui», porque tenía este defecto físico, posteriormente organizó una contraguerrilla para combatir a los carlistas, llegando en algún momento a fusilar a algunos de sus prisioneros. Olave lo califica de «terror del carlismo» y según Piralá el día siguiente de la matanza de Cirauqui mató de un garrotazo al padre de uno de los carlistas que había participado en los hechos (OLAVE Y DíEZ, S., *Reseña histórica y análisis comparativo de las constituciones forales de Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia*, Madrid, 1875, p. 312, y PIRALÁ, A., *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la Guerra Civil*, Madrid, 1877, t. IV, p. 449). Durante la Restauración y la República Lacalle se convirtió en un símbolo de los liberales navarros. Indalecio Prieto aludió a él en una visita que hizo a Pamplona en septiembre de 1932 con Alcalá Zamora (GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., *Republicanos navarros*, Pamplona, Editorial Pamiela, 1985, pp. 107-121; y Constantino Salinas (1886-1966). *Un médico navarro comprometido con el socialismo democrático*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2003, p. 97). Ver también BOTELLA CARBONELL, J., *La guerra civil en España de 1872 a 1876*, Barcelona, 1876, p. 608. Su hijo, Víctor Lacalle Yábar (Cirauqui, 1889-Venezuela,?), nieto también por vía materna de un voluntario de la república de Cirauqui, fue militar republicano y en 1936 participó en la defensa de Madrid, mandó una División en la batalla de Guadalajara e intervino en la batalla de Teruel entre otras. Tras la derrota pasó por varios países hasta recalar en Venezuela (GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., (Coordinador), *El exilio republicano navarro de 1939*, Gobierno de Navarra, 2001, pp. 485-490).

Asimismo lo ocurrido en Estella fue muy pronto conocido con detalle gracias a los dos folletos citados en las notas 8, 16 y 17: *Defensa del fuerte de Estella*, redactado por el mencionado Cintora, el abogado Telesforo Lacarra y otros cuatro liberales de la ciudad, y *Estella y los carlistas*, editado anónimamente pero que se sabe escribió el mismo Lacarra.

El sector de opinión liberal pamplonés y muy probablemente el que no se sentía liberal pero tampoco carlista o era anticarlista²² quedó fuertemente impresionado por lo ocurrido, máxime considerando que el 4 de junio anterior fuerzas carlistas de la partida del cura Santa Cruz habían fusilado a 28 carabineros en Enderlaza²³. Por ello el 20 de julio, a iniciativa del concejal Francisco de Paula Verdeguer, el ayuntamiento de Pamplona designado a raíz de la proclamación de la República acordó cambiar el nombre de la calle San Antón por el de «Mártires de Cirauqui», «a fin de perpetuar la memoria de estos buenos patriotas, víctimas de su amor a la libertad y que se abra también una suscripción a beneficio de las familias

²² Ciertamente, como ocurría en todas partes y se ha comprobado en el resto de Navarra, una parte de los pamploneses que no se alineaban con los liberales no eran necesariamente carlistas. Así lo manifestó el 30 de agosto de 1873 el diputado republicano Serafín Olave en las Cortes al referirse a 150 jóvenes, que se habían presentado para alistarse en una fuerza armada organizada por el ayuntamiento republicano pamplonés para combatir a los carlistas, y que fueron apresados al sospecharse que simpatizaban con estos últimos: «No diré que a todos los que en Navarra no están con D. Carlos se les pueda aplicar la palabra de “liberales” en toda su latitud; pero por lo menos, sí les es aplicable la de “anticarlistas”. Resulta, pues, que 150 ciudadanos pacíficos de Pamplona, sobre poco más o menos anticarlistas y alguno de ellos más o menos liberales, han sido conducidos a la ciudadela» (*Diario de sesiones de Cortes. Congreso de los Diputados. Legislatura de 1872 a 1873*, t. III, pp. 1914, 1915). *El Noticiero de Navarra* se hizo eco del discurso de Olave y *La Montaña* aseguró que a los tres días quedaron todos en libertad (*La Montaña*, 7-IX-1873).

²³ *La Montaña* informó de lo sucedido en su número del 8 de junio en un artículo que comenzaba de la siguiente forma: «En todas las épocas aparecen monstruos que dotados de feroces instintos horrorizan a la humanidad con sus atrocidades y crímenes. Tocábale a los carlistas tener también entre sus partidarios monstruos y entre estos ese aborto de la naturaleza que se conoce con el nombre de cura de Santa Cruz». Según algún autor por entonces los combates en Guipúzcoa «aterraban a los liberales de Pamplona» (BERMEJO, I.A., *Historia de la Interinidad y guerra civil de España desde 1868*, t. III, p. 43). El recuerdo de los sucesos de Enderlaza permaneció en el recuerdo de las izquierdas de Guipúzcoa y de Navarra durante décadas. En el aniversario de 1903 las juventudes republicana y socialista de San Sebastián organizaron un acto (*La Voz de Guipúzcoa*, 30-V-1903). Cuatro años más tarde *El Demócrata Navarro* abrió una suscripción para levantar un monumento a los carabineros que habían sido fusilados y en 1911 volvió a referirse a ellos (*El Demócrata Navarro*, 18-VI-1907 y 7-VII-1911). Los republicanos de Irún volvieron a recordarlos el 4 de junio de 1932. Ese día un comandante de carabineros pronunció un discurso que fue reproducido en primera página por el diario pamplonés *Democracia. diario de la república* (8-VI-1932).

de las mismas y se disponga en su favor una función teatral, con el objeto de allegar recursos para reparar en algún tanto las pérdidas materiales que han sufrido»²⁴.

En cuanto a los voluntarios de la Libertad de Estella, también el día 19 de julio el consistorio de Pamplona tuvo en cuenta la petición de uno de los liberales llegados de esa ciudad, el abogado y alcalde en 1872 Andrés Zubiría, de que se les hiciese «el obsequio de titular a una de las calles de esta capital «Calle de los Héroe de Estella» para conmemorar la heroica defensa que de ella hicieron aquellos bravos voluntarios» y designó con el nombre propuesto a la hasta entonces calle Chapitela²⁵. Por su parte, el batallón de Voluntarios de la República de Pamplona para obsequiar a Blas Cintora y a su esposa Pancracia Ibarra les dio una serenata con la orquesta del teatro de la ciudad, que interpretó en su honor «La Marsellesa» y otras canciones similares²⁶.

Estos sucesos tuvieron también una gran repercusión en los medios oficiales. El citado Tirso Lacalle fue recibido personalmente por el presidente de las Cortes, a donde el gobernador civil de Navarra envió el *Parte detallado* de lo ocurrido²⁷. Ya el 17 de julio el diputado a Cortes por el distrito de Estella, José María Ercazti²⁸, denunció en el Congreso el desamparo

²⁴ Archivo Municipal de Pamplona (en adelante A.M.P.), Actas del Ayuntamiento, libro 103, sesión del 20 de julio de 1873. La referida función tuvo lugar el 26 de julio en el teatro y produjo 4.009 reales de vellón. *La Montaña*, que publicó la relación de los voluntarios de Cirauqui asesinados y supervivientes, dio cuenta de las aportaciones de los vecinos para la velada y después de las destinadas para la suscripción abierta en agosto y septiembre por el ayuntamiento con el mismo objeto. Asimismo informó de que algunas de las viudas de aquéllos recibieron el dinero ocupado a dos carlistas que habían sido apresados y también 820 reales ofrecidos por varias señoras a instancias del gobernador, que les había condonado las multas que les había impuesto por ser «más o menos» afectas al carlismo (*La Montaña*, 3, 10, 24, 31-VIII, 14, 21 y 28-IX-1873). Más adelante, algunos de los deudos de los asesinados en Cirauqui fueron recibiendo pensiones de viudedad u orfandad (*El Eco de Navarra*, 10-V-1877).

²⁵ A.M.P., Actas del Ayuntamiento, libro 103, sesión del 23 de julio de 1873.

²⁶ *La Montaña*, 27-VII-1873. Al dar la noticia del cambio de nombre de las calles citadas en este mismo número el semanario republicano dijo y celebró que se iba hacer lo propio con todas aquéllas que tenían «nombres de santos o ridículos», decisión que no llegó a adoptarse.

²⁷ *Diario de Sesiones de las Cortes*, 1873-1874, núm. 48, 24-VII-1873, p. 894. La noticia sobre Lacalle en *La Montaña*, 3-VIII-1873.

²⁸ José María Ercazti Llorente (Estella, 1799-Madrid, 1890), miembro de la Milicia Nacional de Estella en el Trienio Liberal, había combatido a los carlistas durante la guerra de los Siete Años; fue gobernador de varias provincias, entre ellas Álava (octubre de 1868-enero de 1872) [GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., *Diccionario Biográfico de los Diputados Forales de Navarra (1840-1931)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, pp. 313-315].

en que se tenía a las guarniciones de su distrito combatidas por los carlistas y junto con el federal guipuzcoano Justo María Zabala, que había sido hasta el 9 de junio gobernador civil de Navarra, Santiago Giménez Ilzarbe, diputado por el distrito de Tudela, y Agustín Sardá, que lo era por el de Falset, pero estaba vinculado a los republicanos navarros desde 1865, presentó una proposición exigiendo responsabilidades a los que habían abandonado a las guarniciones de Cirauqui, Estella y Puente la Reina. Ercazti defendió con calor la proposición, que después retiró al lograr dar a conocer la situación de sus correligionarios en su tierra. En su discurso recordó a los diputados las persecuciones que habían sufrido los liberales navarros desde el Trienio, lo que explicaba su escaso número: «Si supieseis la vida que hemos llevado en Navarra hace cincuenta años, lo que os asombraría era el que hubiera uno». Se refirió a que Cirauqui era «el pueblo en que más carlistas hay» y que en 1834 sus mujeres habían sacado las municiones de las cartucheras a la división de Mina, aunque para su asombro y el de todo el país tenía ahora 40 milicianos nacionales. «Por ello también era grande el odio de los carlistas y el juramento que habían hecho de exterminarlos para siempre»²⁹.

Dos días más tarde, el 19 de julio, Ercazti, Zabala y Jiménez presentaron una proposición en la que pedían que se declarase beneméritos de la Patria a los voluntarios de Estella y se les indemnizase por los daños y perjuicios que habían sufrido. Tras su lectura, en la sesión del 21, Ercazti volvió a insistir en lo dicho el 17 y añadió detalles de lo ocurrido en Cirauqui y de las circunstancias en que resistían los soldados y voluntarios en el fuerte de Estella y de los robos y destrozos causados por los carlistas en las casas y bienes de los liberales de la ciudad³⁰. Después habló Zabala, que tras quejarse de la indiferencia con que había sido acogida la intervención de Ercazti, defendió una proposición en la que pedía que se amparase a las viudas e hijos de los voluntarios de Cirauqui³¹.

²⁹ *Diario de Sesiones de las Cortes*, 1873-1874, núm. 42, 17-VII-1873, pp. 736-738.

³⁰ El 28 de julio Ercazti dio cuenta a la Cámara de que 154 milicianos nacionales y algunos soldados de Viana (en la Ribera estellesa) le habían escrito que estaban dispuestos a imitar a los de Estella y a morir antes que entregarse a los carlistas. Sin embargo, a primeros de septiembre, tras haber resistido durante 54 horas, al no recibir ninguna ayuda tuvieron que capitular (PIRALA, A., *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la Guerra Civil*, t. IV, pp. 500-510). Entonces Ercazti pidió al ministro de la Gobernación que auxiliara a dichos voluntarios (*Diario de Sesiones de las Cortes*, 1873-1874, núm. 51, 28-VII-1873, p. 992, y núm. 92, 13-IX-1873, pp. 2.272, 2.273).

³¹ *Diario de Sesiones de las Cortes*, 1873-1874, núm. 45, 21-VII-1873, pp. 813-815 y Apéndices primero y segundo al número 45.

En la sesión del 31 de julio el diputado republicano por el distrito navarro de Olza Serafín Olave, junto con José María Orense, José Navarrete, Juan Domingo Pinedo y Francisco Casaldueiro, presentaron otra proposición fechada el día anterior por la que se autorizaba a la Diputación de Navarra a indemnizar «a las familias de las heroicas víctimas de la libertad de Cirauqui, de las pérdidas sufridas». Al defender esta última el diputado por Olza volvió a recordar con detalle lo sucedido en aquella localidad, haciendo hincapié en el saqueo y destrucción de las casas de los voluntarios³². Estas proposiciones fueron tenidas en cuenta y pasaron a la comisión de Gracias y pensiones, que se retrasó en su dictamen por lo que un mes más tarde Olave y Ercasti pidieron al presidente de las Cortes que activase su resolución, pues como decía el segundo, refiriéndose a los de Estella, no habían recibido «ni la más mínima prueba de agradecimiento»³³.

Olave volvió a insistir en el sentido señalado en la sesión del 13 de septiembre y cuatro días más tarde la referida Comisión aprobó su dictamen y presentó un proyecto de ley por el que a las viudas y huérfanos de los voluntarios de Cirauqui y Estella (a los de ésta también se les declaraba beneméritos de la Patria) se les aplicaba la ley de 8 de julio de 1860, como militares muertos en campaña, aunque la suspensión de las Cortes impidió su aprobación³⁴. Sin embargo, al cerrarse las Cortes, aunque Castelar prometió solemnemente que la suspensión no afectaría a ese proyecto de ley «olvidó su promesa», y aquéllos siguieron en el mismo desamparo. Estos extremos los dio a conocer Olave, en el libro citado en la nota 21, que contribuyó al conocimiento de todo lo sucedido y en el que reprodujo también la relación de los asesinados y de los supervivientes.

Otra localidad navarra que sufrió el acoso de los carlistas fue la propia Pamplona. Como las distintas convocatorias electorales del Sexenio ponen de manifiesto, entre los habitantes de la capital navarra predominaban los carlistas, si bien la presencia de liberales y republicanos no era desdeñable, pues conseguían entre el 25 y el 40% de los votos, aunque los resultados oscilaban mucho de una a otra convocatoria³⁵. En cualquier caso, las

³² *Ibidem*, 1873-1874, núm. 54, 31-VII-1873, núm. 54, pp. 1.062, 1.063 y Apéndice tercero al número 54. Alguna de estas proposiciones fueron conocidas muy pronto en Navarra, pues *La Montaña* (3-VIII-1873) se hizo eco de ellas.

³³ *Diario de Sesiones de las Cortes*, 1873-1874, núm. 77, 27-VIII-1873, pp. 1839, 1843.

³⁴ *Ibidem*, núm. 92, 13-IX-1873, p. 2.282 y Apéndice noveno al número 95.

³⁵ Así, en las elecciones a Cortes Constituyentes de enero de 1869 con una participación del 71% la candidatura tradicionalista obtuvo el 60% de los votos, la liberal-fuerista-monárquica el 30 y la republicana cerca del 10 (AMP. Elecciones, leg. 24, 1869); en las le-

escasas fuerzas de la guarnición (entre 1.500 y 2.000 hombres entre soldados, carabineros, guardias forales y civiles, un batallón de voluntarios de la República, una compañía de milicianos veteranos y otra de liberales emigrados de los pueblos) lograron evitar que cayera en manos de las tropas del Pretendiente³⁶.

Ahora bien, la guerra empeoró las condiciones de vida de la ciudad. Los sufrimientos de la población se agravaron sobre todo durante el asedio de cinco meses al que estuvo sometida desde finales de agosto (la orden del bloqueo se dio el 27 de ese mes) de 1874 y que provocó la salida intermitente de numerosos vecinos. Durante las primeras semanas hubo dificultades para proveerse de agua, pues el 13 de septiembre los carlistas cortaron el suministro a las fuentes, y los pamploneses se vieron obligados a consumirla contaminada hasta que el 6 de noviembre comenzó a surtirse del río Arga mediante una bomba hidráulica, que la elevaba hasta la ciudad. Dada su vital importancia la obra se inauguró con asistencia de todas las autoridades y en la fuente principal se puso una pancarta con la leyenda: «La libertad hermana con la ciencia». En cuanto a la provisión de alimentos, el pan no faltó en ningún momento y las tropas y una contraguerrilla de milicianos nacionales lograban traer algunos vacunos, cerdos, etc. haciendo correrías por los pueblos cercanos.

Quizás por esto último algún autor ha señalado que se ha exagerado respecto al hambre y la miseria de los pamploneses durante el asedio³⁷. No obstante, el testimonio de Leandro Nagore, poco sospechoso por su filocarlismo, en suya citada obra, y el de otros que padecieron el bloqueo y escribieron dos diarios mientras duró parece concluyente sobre

gislativas de marzo de 1871 el candidato carlista Cesáreo Sanz López logró 1.690, el liberal Ricardo Alzugaray 1.274 y el republicano Agustín Sardá 385. Sin embargo, en las de abril de 1872 (en las de agosto de ese año los carlistas se abstuvieron), de un censo de 4.937 electores, el citado Sanz obtuvo el apoyo de 2.045 y el liberal Luis Iñarra sólo el de 725. En las elecciones municipales de diciembre de 1871 los carlistas coparon todos los puestos con el doble de votos (64%) que el conjunto de los liberales (16,3%) y los republicanos (16%), que si hubieran ido en una misma candidatura habrían superado a sus adversarios en uno de los distritos [CAMPO, L. del, *Pamplona durante el reinado de Amadeo I (1871-1873)*, Pamplona, 1991, pp. 38-44, 82-87 y 101-104]. Desde luego estos resultados están influenciados tanto por los manejos electorales de los gobiernos liberales de turno como por la intervención del clero, pero son indicativos de la realidad política de la capital navarra en ese momento.

³⁶ Respecto a los voluntarios de la Libertad y de la República de Pamplona durante el Sexenio ver HERRERO MATÉ, G., *Liberalismo y Milicia Nacional en Pamplona durante el siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2002, pp. 283-359.

³⁷ CAMPO, L. del, *Pamplona durante la Primera República*, Pamplona, 1991, p. 200.

el progresivo agravamiento de la situación³⁸. Lo primero que se notó fue la falta de petróleo y aceite, por lo que desde principios de noviembre el alumbrado público se hizo con velas. Asimismo una vez que se terminó la leña y el carbón se comenzaron a talar las arboledas cercanas a la ciudad y se consumieron los tendidos y las barreras de madera de la plaza de toro. Otro producto que se agotó pronto fue el vino, que provocó su búsqueda afanosa por las casas y tabernas de las inmediaciones de la ciudad, a veces en medio de los tiros de los carlistas. Desde el 6 de diciembre la carne comenzó a escasear, con la consiguiente subida de su precio, y ya no hubo pescado. Esta situación hizo que una semana más tarde se autorizase a dejar la ciudad a quien quisiera, llevándose los muebles, etc., que estimara conveniente, pero no «artículos de comer, beber y arder». De todos modos, la salida era casi impracticable por la nieve caída y la negativa de los carreteros y dueños de coches, temerosos de que los carlistas no les dejasen volver. Cuando el temporal de nieves comenzó a pasar un nuevo bando del 20 prorrogó ocho días más el plazo para abandonar la ciudad. A mediados de diciembre Nagore resumía la situación de la siguiente forma:

A todo esto las cosas de comer subían a un precio exorbitante, dos reales un huevo, dos duros alguna que otra gallina que se vendía; ocho reales la libra de tocino amarillo rancio; ocho pesetas el cántaro de vino chacolí: ya no había carne, aceite muy poco, petróleo nada, la leña escasa, con esto y no tener noticia alguna de la venida de ninguna columna de socorro, estábamos todos llenos de placer, si no lo desmintiese lo macilento de los rostros y abatimiento de los espíritus que revelaba el malestar general y más que todo la tranquilidad de ánimo, temiendo por momentos un motín de la plebe hambrienta³⁹.

Por si fuera poco los carlistas impidieron trasladar a los muertos al cementerio, pues en una incursión se llevaron los caballos del coche mortuario, por lo que hubo que habilitar un camposanto más cercano⁴⁰.

³⁸ Los autores de uno de los diarios fueron Eusebio Rodríguez Undiano y el militar José Sánchez del Aguila (R.U., E. y S. DEL A., J., *Diario del bloqueo de Pamplona (1874-1875)*, Pamplona, Ediciones y Libros, S.A., 1973). El texto del otro, obra también de un militar, Mariano Balesta, puede verse en IDOATE, F., «Diario del bloqueo puesto por los carlistas a la plaza de Pamplona desde el 27 de agosto de 1874 a 2 de febrero de 1875», *Príncipe de Viana*, 84-85 (1961).

³⁹ NAGORE, L., *Apuntes para la historia, 1872-1876. Memorias de un pamplonés en la segunda guerra carlista*, p. 133. Las noticias referidas a noviembre y diciembre están tomadas de esta misma obra (pp. 112-115, 121-124, 130, 135, 141).

⁴⁰ Esta actuación de los carlistas fue criticada hasta por Nagore: «Este hecho si no es vandálico tiene que ser herético, porque yo no se que los muertos puedan ser enemigos de

El 2 de enero de 1875 Rodríguez Undiano y Sánchez del Aguila anotaron que los víveres escaseaban cada vez más y tenían unos precios «fabulosos» y que la dieta se reducía «a comer habas, sopas, lentejas y garbanzos»; el 10 que el gobernador en funciones ordenó a los cientos de pobres, lisiados, ciegos, etc. de la Casa de la Misericordia que en cuarenta y ocho horas saliesen de la ciudad para que hubiera más alimentos para los defensores; el día siguiente que la escasez de carne o su alto precio hizo que se llegara a comer carne de burro, que se vendía a 10 reales el kilo, y que algunos empezaran a nutrirse de ratas y gatos, «que hace algún tiempo que sufren grandes persecuciones»⁴¹; en la anotación del 19 ambos autores hacen constar que la carne de pollino «se considera una gran cosa» y que algunos comen gatos y perros y «vientres, no sabemos de qué, pero que se los compren para personas, cuando antes se destinaban tan solo a los gatos»; ya el 25 consignan que la mayor parte de la población sólo comía habas con manteca salada; el 27 que la falta de víveres llega «a su último extremo» y el 28 avisan de que no se ocuparían más de los comestibles, pues no los había «absolutamente de ninguna clase»⁴². Nagore asegura que el 29 de enero el hambre se dejaba sentir bastante, que no había más que pan y vino, pues los carlistas habían permitido a los labradores hacer la vendimia, y que había oído a «varios patriotas de mucha cadena de reloj y gabán, caballeros en su porte y a otros varios» que habían comido burro. La carne de este animal, que venía haciéndose *in occultis*, y la de caballo se abrió al público el 2 de febrero a tres pesetas el kilo. Ese día, continua, estaba prevista una reunión de las autoridades para decidir expulsar de la ciudad a todas las personas que no tuvieran armas y a sus familias, «fueran blancos o negros» (es decir, carlistas o liberales), pero a las dos de la tarde los vigías se anunció la aproximación de fuerzas que resultaron ser las que tras romper el cerco liberaron la plaza⁴³.

Estas azarosas circunstancias provocaron una epidemia de tifus, fiebres tifoideas, disentería y enfermedades gástricas y el aumento espectacular de

nadie, ni a qué conduce semejante prohibición, como no sea a poner en evidencia el horrible sarcasmo de gritar viva la religión, los mismos que no dejan enterrar los muertos (NAGORE, L., *Apuntes para la historia, 1872-1876. Memorias de un pamplonés en la segunda guerra carlista*, pp. 130, 131). Ver también CAMPO, L. del, *Pamplona durante la Primera República*, pp. 185 y ss.

⁴¹ Según el mencionado Balesta la carne de gato y de burro se vendió a 12 reales y la de rata a 2 (IDOATE, F., «Diario del bloqueo puesto por los carlistas a la plaza de Pamplona desde el 27 de agosto de 1874 a 2 de febrero de 1875», p. 230).

⁴² R.U., E. y S. DEL A., J., *Diario del bloqueo de Pamplona (1874-1875)*, passim.

⁴³ NAGORE, L., *Apuntes para la historia, 1872-1876. Memorias de un pamplonés en la segunda guerra carlista*, pp. 151-153.

la mortalidad y sobre todo de la mortalidad infantil, que afectó en especial a la clase trabajadora. De hecho, entre septiembre de 1874 y enero de 1875 murieron 876 personas, 233 de ellas de tifus⁴⁴. Lógicamente las penalidades de los pamploneses comenzaron a disminuir cuando las tropas liberales lograron entrar en la ciudad⁴⁵. Su llegada fue acogida con júbilo por la población que vio en los soldados a sus libertadores. Aunque fuera parte interesada, no deja de ser significativo que la *Gaceta de Madrid* (7-IX-1875), tras un telegrama sobre que Pamplona se proveía de suministros sin cesar, reprodujese otro en los siguientes términos: «renuncio, porque me sería imposible conseguirlo, describir el frenético entusiasmo con que (el rey) ha sido recibido por el pueblo y la guarnición». En el mismo sentido el diario del bloqueo mencionado termina con la siguiente frase: «¡Loor al primer Cuerpo de ejército del Norte! ¡Loor a todo el valiente ejército español! ¡Loor a nuestro amado Rey D. Alfonso XII de Castilla y I de Navarra!»

A estas muestras de simpatía hacia el nuevo rey generadas por todo lo acontecido durante el asedio se añadió un empeño en homologar se con otras ciudades cercanas que habían ganado fama de liberales por su resistencia anticarlista. Así, ya en su segundo número (6-XI-1875), *El Eco de Pamplona* en un artículo titulado «También sufrimos» consideró que había llegado la hora de decir a toda España que, «además de un Bilbao y un San Sebastián, hay un Pamplona que sufre», refiriéndose precisamente a que el bloqueo había causado numerosas víctimas inocentes a causa de las epidemias. Once días más tarde insertó un artículo anónimo, «Nuestros muros», en el que tras un recorrido histórico sobre las murallas de Pamplona se decía que gracias a ellas y a quienes las habían defendido la ciudad se había librado de la tiranía. En el primer aniversario del final del bloqueo (2 de febrero de 1876) este periódico dedicó toda su primera hoja, rodeada de una orla, a recordar las consecuencias de los cinco meses

⁴⁴ El porcentaje de niños fue muy elevado, pues se ha calculado que en 1874 murieron 480 (132 de diarrea) y en 1875 347 (131 de diarrea). En 1873 habían fallecido otros 542 (126 de diarrea y 42 de sarampión), entre ellos seguramente los más débiles de la población (HÜDER, S., *Desarrollo de Pamplona durante los últimos cien años. Su nupcialidad, su natalidad, su mortalidad y su censo de población*, Ayuntamiento de Pamplona, 1935, p. 12). Ver también GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., «La influencia de la inmigración en el desarrollo de Pamplona, 1857-1910», *Príncipe de Viana*, 181, (1987), pp. 531-535, y sobre todo MARTÍNEZ LACABE, E., *Las crisis de mortalidad en Navarra en el siglo XIX: Guerras, epidemias y escasez de subsistencias*, Pamplona (en prensa).

⁴⁵ Una descripción de las condiciones de vida durante el asedio (también asegura que se llegó a comer carne de gato, perro y aun de rata) y de las operaciones militares llevadas a cabo para levantarlo en PIRALA, A., *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la última Guerra Civil*, t. VI, pp. 243 y ss.

en que Pamplona había estado incomunicada: «epidemias», «días de luto», «torrentes de lágrimas», etc.

Todo lo dicho sobre el asedio explica que para rememorar la fecha en que terminó, después de la guerra, el 31 de enero de 1877, el ayuntamiento diese el nombre de «Dos de Febrero» a una de las vías más céntricas de la ciudad, la calle Comedias⁴⁶.

Como puede comprobarse los tres cambios de nombre de las calle señalados respondieron al deseo de perpetuar el recuerdo de hechos concretos, dando una dimensión simbólica y mítica a sus protagonistas como ejemplos de compromiso con la causa liberal. En el caso de los relativos a los sucesos de Cirauqui y de Estella se adoptaron inmediatamente después de ser conocidos, es decir, no fueron producto de una política de memoria elaborada. Simplemente fueron la respuesta a unos sucesos que conmovieron a la opinión liberal. Sin embargo, la decisión sobre el cambio destinado a recordar los sufrimientos de la población pamplonesa a lo largo del asedio carlista, se tomó dos años después de su final y casi un año después de que terminara la guerra, lo que apunta a un designio más elaborado. Precisamente el hecho de que hubiesen transcurrido dos años motivó la protesta del *El Eco de Navarra*, que el 7 de febrero de 1877 manifestó que había habido tiempo para pensar en otra forma de perpetuar la memoria de aquellos hechos y afirmó que dedicarles una calle no lograba el fin propuesto, como se había demostrado con los nombres de Plaza de la Constitución, Héros de Estella y Mártires de Cirauqui, que seguían siendo desconocidos por el público. A su juicio, era mucho más conveniente «conmemorar el *dos de febrero*, un acontecimiento fausto para esta población» con una lápida o un monumento «en el sitio más público».

En cualquier caso, a pesar de que desde los años ochenta los concejales de filiación carlista eran mayoritarios en el ayuntamiento de la capital navarra, los nuevos nombres de las tres calles mencionadas permanecieron inalterados hasta 1900. Entonces aquéllos lograron que se les devolvieran sus nombres antiguos, pero esta nueva restitución sólo duró tres años.

1. Los nuevos cambios de 1900-1903

En la sesión del 10 de febrero de 1900 un concejal carlista del Ayuntamiento de Pamplona, el abogado Fermín San Julián Zozaya (Pamplona, ?-Zuzmaya, 1926), se opuso al cambio de nombre de dos calles (a Julián Gayarre y

⁴⁶ A.M.P., Actas del Ayuntamiento, libro 106, 31 de enero de 1877.

Pablo Sarasate) propuesto por un concejal republicano, Modesto Utray Jáuregui⁴⁷, por los grandes inconvenientes que traían consigo tales variaciones. Sin embargo, el 15 de marzo siguiente, es decir, cinco días después de que los carlistas hubiesen celebrado la fiesta de los «Mártires de la Tradición», San Julián propuso devolver sus antiguos nombres a las calles Mártires de Cirauqui, Héroes de Estella y Dos de Febrero y justificó su propuesta, alegando las perturbaciones que producían las variaciones y que el público seguía utilizando las denominaciones tradicionales. A la sesión sólo acudieron quince concejales carlo-integristas y el alcalde, liberal conservador, que aprobaron la moción de San Julián, tras rechazar la petición de uno de ellos de que, como la del citado Utray, pasara a la Comisión de Fomento.

Una semana más tarde Utray y los otros dos concejales republicanos del consistorio (Javier Arvizu Górriz⁴⁸ y el comerciante originario de Madrid Hipólito Palero Cuesta) protestaron contra ese acuerdo «y contra la tendencia en que se inspiró su iniciador» y pidieron que constase en acta su protesta⁴⁹. El simbolismo del cambio no se le escapaba a nadie y así *El Eco de Navarra* (periódico antes liberal y en ese momento próximo a los conservadores) ironizó sobre la alegría de San Julián por el éxito y su presunto disgusto porque le quedaba por quitar el de plaza de la Constitución⁵⁰

⁴⁷ Modesto Utray Jáuregui (Pamplona, 1863-1943) era hijo de un conocido republicano, Félix Utray San Martín (Tafalla, ca. 1826-Pamplona, 1900), que en 1873 acogió en Pamplona a la viuda y a los seis hijos de un pariente de su esposa, María Ignacia Jáuregui (Lizarza, ?-Pamplona, 1879), llamado Francisco Mendizábal, fusilado por los carlistas en Lizarza (Guipúzcoa) el 22 de marzo de ese año. El suceso fue comentado por *La Montaña* que abrió una suscripción para los huérfanos y su madre durante los meses de abril a julio. Después, en 1885 Modesto se casó con Francisca Mendizábal Jáuregui (Lizarza, 1859-Pamplona, 1941), que casi seguramente era hija del citado Francisco. Un hermano de Modesto, Natalio, maestro, militó en PSOE [GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., *Gregorio Angulo (1866-1937). Los «obreros conscientes navarros*, Pamplona, Fundación Juan José Gorriño, 1999, pp. 73, 114, 125 (n. 436), 165, 190, 277]. Uno de sus nietos, Francisco Javier Castilla Utray, cuando en 1937 murió de enfermedad a los 16 años, era «falangista de la vieja guardia» (*Diario de Navarra*, 11-XI-1937).

⁴⁸ Francisco Javier Arvizu Górriz (Tudela, 1866-Pamplona, 1932), perteneciente a una familia de abolengo liberal por ambas ramas, era republicano. Había dirigido *El Liberal Navarro* y fue elegido concejal en 1895, 1899 y 1905. También fue alcalde entre abril de 1901 y el 26 de mayo de 1902.

⁴⁹ A.M.P., Actas del Ayuntamiento, libro 136, sesión del 10 de febrero de 1900, y libro 137, sesiones del 15 y 22 de marzo de 1900.

⁵⁰ *El Eco de Navarra*, 23-III-1900. Se trata de la céntrica plaza del Castillo, nombre que fue sustituido por el de plaza de la Constitución en abril de 1820, agosto de 1836 y el 20 de enero de 1875, después de haberse llamado de la República desde el 14 de febrero anterior (ARAZURI, J.J., *Pamplona, calles y barrios*, Pamplona, 1979, t. I, pp. 183, 186, 247, y t. III, p. 24).

Los liberales tuvieron que aceptar la sustitución de los nombres propuesta por el concejal carlista, pero es evidente que deseaban reponer los que habían sido puestos años atrás para perpetuar los «lugares de memoria» referidos, cuyo recuerdo estaba todavía muy fresco. Según *El Pensamiento Navarro* el cambio de los nombres de las calles con episodios de la guerra carlista formaba parte del programa que había expuesto el republicano Basilio Lacort en su semanario *El Porvenir Navarro*, que había sido fundado en 1898⁵¹. De hecho sabemos que en las elecciones municipales de noviembre de 1901 este semanario presentó la candidatura liberal-republicana haciendo referencia a los carlistas como al «partido que registra en sus anales los horrores de la sima de Igúzquiza; los asesinatos de Enderlaza; la matanza de Cirauqui...»⁵².

Por otro lado, los liberales pamploneses conmemoraban cada año el aniversario del levantamiento del asedio de su ciudad el 2 de febrero de 1875. Así, lo hacían ese día sus órganos de expresión en artículos que llevaban por título esa fecha. Por ejemplo, *El Navarro*, que en 1883 rememoró las privaciones de aquellos meses, el «delirio indescriptible» con el que Pamplona recibió a sus salvadores, y glosó el valor y sufrimientos de los militares y voluntarios que la habían defendido. En 1898 *Heraldo de Navarra* añadió a todo lo anterior que, si los carlistas se levantaban de nuevo, estaban seguros de que encontrarían su merecido, pues Pamplona y Navarra como toda España, rechazaría «a los malos españoles, a los enemigos de Dios y de la Patria». Asimismo, al menos algunos años, por ejemplo en 1903, los liberales celebraban con un banquete la efeméride⁵³. Por tanto, no debe de extrañar que en marzo de 1903 la minoría liberal-republicana del consistorio aprovechara la ocasión de restituir los nombres de las calles que recordaban sus lugares de memoria de la última guerra carlista, valiéndose de que los concejales carlistas habían optado por no acudir a las sesiones⁵⁴.

⁵¹ *El Pensamiento Navarro*, 23-V-1903. Sobre la personalidad de Basilio Lacort, el proceso de su excomunión por el anticlericalismo de su periódico y la tensión que vivió Pamplona y toda Navarra en el cambio de siglo puede verse LECEA YÁBAR, J.M., «*La Vieja Navarra*» y «*La Nueva Navarra*», Pamplona, Colección Diario de Navarra, 1973, y GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., «Nuevas noticias sobre Basilio Lacort, sus empresas periodísticas y “La Pelea”», *Príncipe de Viana*, Anejo 5 (1986), pp. 491-509.

⁵² *El Pensamiento Navarro*, 5-XI-1901.

⁵³ *La Patria*, 8-II-1903.

⁵⁴ En febrero habían presentado la dimisión de sus cargos en protesta por la supuesta arbitrariedad del alcalde, el demócrata Joaquín Viñas Larrondo, y finalmente en mayo el gobernador civil los sustituyó por catorce de filiación mayoritariamente republicana (*El Pensamiento Navarro*, 24 al 28-II y 23-V-1903).

Concretamente el 28 de marzo de ese año, el concejal republicano Lorenzo Sáinz Arbeo (pamplona, 1870-1905) propuso al Ayuntamiento reponer los nombres de «Mártires de Cirauqui», «Héroes de Estella», y «Dos de Febrero» a las calles que así se habían denominado. Según declaró se había animado a presentar su propuesta, que fue acogida con sorpresa por todos los concejales, por el acto de la jura de bandera que había presenciado la mañana de ese mismo día, «acto en el que se habían visto hermanados el ejército y el pueblo»⁵⁵. Por ello pidió que se aprobara su moción sin entrar en más consideraciones y que al cambio de los rótulos de las calles se invitara a representantes de la guarnición de la plaza.

El concejal integrista Antonio Olaso Martínez (Pamplona, 1864), futuro miembro de la Unión Patriótica, se opuso a la propuesta alegando que no entendía cómo se relacionaba el acto de la jura de bandera con el cambio de calles, a lo que Sáinz respondió que, habiéndose quitado solapadamente los nombres a las calles, «cuando aquéllas recordaban fechas y hechos gloriosos para el ejército, era preciso a su entender, se diera a éste una satisfacción y el medio por él propuesto lo creía el más adecuado». Olaso insistió de nuevo en su argumento y entonces el alcalde afirmó que consideraba muy oportuna la moción de Sáinz y se adhería a ella, ya que los nombres, cuyo restablecimiento pedía y tan arteramente habían desaparecido después de veintisiete años, «recordaban fechas gloriosas y hechos heroicos y hasta espartanos, como la defensa del fuerte de Estella». Otro concejal republicano, Agustín Aztaráin Albo (Pamplona, 1850-1906), señaló que la iniciativa de Sáinz había sido a título particular y que él se adhería a su moción porque la consideraba «oportuna y procedente en cualquier tiempo». Un familiar del anterior y también concejal republicano, el abogado Francisco Javier Aztaráin Jorajuría (Pamplona, 1873), se expresó en parecidos términos que su pariente y lo mismo hicieron sus correligionarios Utray y Bernardino Viscarret Montero (Pamplona, ca. 1873-1903), un obrero ebanista de la UGT. En consecuencia, una vez declarada su urgencia, la moción fue aprobada, salvando su voto Olaso porque no veía su oportunidad ni la urgencia, aunque haciendo constar que amaba al ejército. Después se acordó llevar a cabo el acto con la mayor solemnidad posible y se facultó al alcalde para que lo organizase con cargo

⁵⁵ La ceremonia se celebró en la plaza de la Constitución o del Castillo, precedida de un llamamiento del alcalde a que el pueblo pamplonés mostrase el cariño que sentía por el ejército y que fue glosado por los periódicos de la ciudad, sobre todo por *El Eco de Navarra* (29-III-1903), en el mismo tono.

al capítulo de Imprevistos. Olaso se opuso de nuevo porque creía innecesarios tales gastos⁵⁶.

El nuevo cambio de los nombres de las calles se hizo dos días después, pero por decisión del alcalde a las siete y media de la mañana y sin música ni gigantes, pues se temía que fuera considerado como una provocación y que se produjeran incidentes. De hecho, en previsión de lo que pudiera ocurrir, estuvieron preparadas varias parejas de la Guardia Civil e incluso un escuadrón de Caballería. *La Tradición Navarra* y *Diario de Navarra*, que se había manifestado en contra del cambio por «perturbaciones en el orden oficial» y los problemas que provocaría en la inscripción de las fincas en el Registro de la Propiedad, celebraron que la sustitución de las placas con los nombres se hubiera llevado a cabo de esa forma⁵⁷.

Sin embargo, apenas un mes más tarde la minoría liberal-republicana decidió celebrar una *fiesta de la libertad* en la que se sustituirían los letreros de las calles por otros de mármol en el curso de una manifestación a la que se invitaría a comisiones de los ayuntamientos de Estella y Cirauqui, a supervivientes del batallón de Voluntarios de la Libertad y de la República de Pamplona y a representantes de la guarnición. Además, el cambio se extendería a otra calle, pues el 16 de mayo se resolvió denominar «General Moriones» a la hasta entonces llamada Pozo Blanco, en memoria de ese general liberal navarro⁵⁸, porque habían sido fuerzas a su mando las que habían roto el mencionado cerco a la ciudad en 1875⁵⁹.

Lógicamente los carlistas acogieron con gran disgusto el anuncio de la fiesta liberal. *El Pensamiento Navarro*, que había informado profusamente de la celebración de la fiesta de los Mártires de la Causa (10 de marzo) y había incluido artículos rememorando las campañas de la última guerra civil, dijo que los liberales querían darle mucho bombo para soliviantar a los carlistas y que habían invitado a los militares para guarecerse detrás de ellos⁶⁰.

El diario integrista *La Tradición Navarra* no se opuso frontalmente al acto, aunque es evidente que no le satisfacía. Ironizó sobre los liberales, diciendo que «sin duda» habían preparado los festejos para solemnizar el

⁵⁶ A.M.P., Actas del Ayuntamiento, libro 142, 28 de marzo de 1903.

⁵⁷ *La Tradición Navarra* y *Diario de Navarra*, 31-III-1903.

⁵⁸ Algunas noticias nuevas sobre este general en URTIAGA MARCO, J., «Documentación inédita sobre el general Domingo Moriones y Murillo (1823-1881)», *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 9 (2002), pp. 227-268 y 10 (2003), pp. 257-305.

⁵⁹ A.M.P., Actas del Ayuntamiento, libro 142, 16 de abril de 1903.

⁶⁰ *El Pensamiento Navarro*, 8, 10, 12, 13, 25, 29-III y 17-V-1903.

día de la Ascensión, pues el día 21 se celebraba esta festividad religiosa. Además, en un artículo acerca de a quién correspondía cambiar los nombres de las calles, afirmó que debería hacerse por sufragio universal⁶¹.

Un periódico que recibió mal la noticia de la *fiesta de la libertad* fue el filoconservador *Diario de Navarra*. Cuatro días antes de su celebración señaló que sería simplemente una manifestación anticarlista y la calificó de «imprudente, indiscreta e impropia» de quienes tenían responsabilidades oficiales y como primer deber el de evitar todo motivo de discordia entre sus administrados. Según este rotativo los ánimos estaban tan excitados entre los carlistas pamploneses que habían pedido que la Junta Regional llamase a los correligionarios de los pueblos a venir a Pamplona el día 21 a manifestarse ante el gobernador civil. Añadía que de algún pueblo había llegado el ofrecimiento de venir en masa a la «contramanifestación». *Diario de Navarra* se oponía también a esta última, afirmaba que la situación podía hacer que ese día se fuera de luto y se mostraba de acuerdo con el concejal liberal José Ayala Yaben (Pamplona, 1861-1909), que estaba a favor del cambio de nombres pero no de la manifestación⁶². El día 19 este periódico informó de quiénes iban a ir en la comitiva que iba a cambiar los rótulos, pero también de que al parecer el acto no iba a tener el carácter de algarada anticarlista. Su temor a que no fuera así se desprende de otro artículo el mismo día en el que criticaba al alcalde por haber pedido a los exvoluntarios de la Libertad que asistiesen. Ya el día 20 se refirió a la inconveniencia del cambio de calles porque no tenían arraigo entre las gentes. Con todo, puso énfasis en que, sin embargo, cuando aquéllos se referían a nombres de santos, como el reciente de San Saturnino, tenían una gran éxito, lo que venía a demostrar «que la religiosidad de nuestro pueblo es grandísima, que Pamplona es un pueblo tan eminentísimamente cristiano y de ideas católicas tan profundamente arraigadas que hasta sin darse cuenta hace manifestación de su piedad».

También el asimismo entonces filoconservador *El Eco de Navarra* coincidió en que el acto previsto el día 21 tendría un carácter más oficial y no el político que en un principio se le había pretendido dar, pues no habría diana, ni saldrían los gigantes a la calle, ni habría cohetes ni discursos⁶³. La situación se enrareció cuando al anoecer del día 19 estalló un

⁶¹ *La Tradición Navarra*, 15 y 19-V-1903.

⁶² *Diario de Navarra*, 17-V-1903. Dos años después abandonó el partido liberal democrático por no estar de acuerdo con su política y sobre todo con la unión con los republicanos (*Diario de Navarra*, 16-IX-1905, y *El Pensamiento Navarro*, 19-IX-1905).

⁶³ Reproducido en *El Pensamiento Navarro*, 19-V-1903.

petardo en la escalera del Círculo Carlista, que hizo temer que se produjeran enfrentamientos. *El Pensamiento Navarro* habló de «provocación infame» y se habló de aplazar la fiesta⁶⁴. Sin embargo, finalmente se celebró, si bien de forma distinta a como se había previsto, pues el deseo de que todo transcurriera sin incidentes se extendió entre todas las fuerzas políticas.

En este sentido el víspera del acto los exvoluntarios de la Libertad publicaron una alocución dirigida a los pamploneses en tono conciliatorio. Por si acaso alguno temía ser agredido, les hacían saber que «se sienten poseídos de amor a la libertad, al orden y a la paz, que ansían reinar siempre entre sus queridos paisanos» y que esperaban que todos se comportasen con la cordura y sensatez que cabía esperar de un pueblo culto, generoso y pacífico.

Por su parte, el mismo día de la manifestación *El Pensamiento Navarro* participó a sus correligionarios de Pamplona, que les preguntaban por qué no trataba del tema, que así lo había mandado la Junta Regional Carlista de Navarra, lo que evidencia el interés de la cúpula legitimista en no interferir en aquélla. Esta actitud del partido carlista fue seguida también por el republicano, que dio seguridades de que sus afiliados se iban a conducir con corrección⁶⁵.

Finalmente el día 21 se cambiaron las cuatro placas con un protocolo de carácter institucional. La jornada comenzó con unas palabras del alcalde, que desde el balcón de la casa consistorial pidió a los asistentes medida y discreción. Después, junto con un general, encabezó la comitiva en la que iban la bandera del antiguo batallón de Voluntarios de la Libertad, comisiones de los ayuntamientos de Cirauqui y Estella, representantes de los distintos cuerpos de la guarnición y después el público. En su transcurso se dieron «a destajo» varios gritos contrapuestos: vivas a la República, a la libertad, a la religión, a Carlos VII, «abajo Lacort,» y «mueran los neos». Estos últimos se lanzaron sobre todo cuando el cortejo llegó a la redacción del semanario republicano *El Porvenir Navarro* y su director, Basilio Lacort, se unió a los manifestantes, momento en el que se produjeron empujones y hubo algunos palos⁶⁶. Al final el alcalde se dirigió de nuevo a los manifestantes y terminó gritando ¡viva España!, ¡viva la Libertad!⁶⁷.

⁶⁴ *El Pensamiento Navarro*, 20-V-1903, y *El Eco de Navarra*, 21-V-1903.

⁶⁵ *El Eco de Navarra*, 21-V-1903.

⁶⁶ Los incidentes dieron lugar a una causa en la que se pidió un día de arresto para cuatro imputados (uno por gritar ¡Viva la República!, y tres por hacerlo a favor de Carlos VII), que finalmente fueron absueltos (*El Pensamiento Navarro*, 28-XI y 17 y 23-XII-1903).

⁶⁷ *Diario de Navarra*, 23-V-1903.

El Eco de Navarra informó escuetamente de la manifestación, pero señaló que se había echado de menos la presencia de caracterizados liberales⁶⁸. *Diario de Navarra*, del que hemos tomado los detalles de los incidentes ocurridos, destacó también que la colocación de las placas había tenido un carácter distinto al previsto y más oficial. *La Tradición Navarra*, que declaró su interés en informar imparcialmente de la manifestación «liberal-republicana-lacortista», dijo que había transcurrido en general ordenadamente, aunque había habido algunos gritos, que no había asistido el *señorío* liberal y que el número de los manifestantes, casi todos republicanos, sin contar a los curiosos, no habría llegado a los 500⁶⁹.

Entonces no salía en Pamplona ningún periódico liberal (*Heraldo de Navarra* había desaparecido en 1898 y *El Demócrata Navarro* no salió hasta finales de 1904) y tanto del semanario republicano *El Porvenir Navarro* como del quincenal ugetista *Unión Productora* no se conserva ningún ejemplar de esas fechas. Por tanto, la única información de la jornada desde una perspectiva liberal es la que proporcionaron *La Correspondencia de España*, *Heraldo de Madrid*, *El Imparcial* o *El Liberal*, cuyos corresponsales pamploneses, pertenecientes a familias de abolengo liberal, pusieron énfasis en el éxito y la brillantez de la «fiesta liberal» e hicieron responsables de los incidentes a los carlistas y en el caso del último también a los seminaristas⁷⁰. Los corresponsales de los dos primeros periódicos llegaron a elevar a 8.000 el número de asistentes. Como cabía esperar, *El Pensamiento Navarro*, que resaltó también el protagonismo de los republicanos y la escasa presencia de liberales, insistió en el fracaso e insignificancia de la manifestación (calificada por *El Correo Español* como «mascarada liberal-republicano-masónica») y en la evidente exageración de la cifra de asistentes dada por los citados corresponsales e incluso de la de 2.000 que se había telegrafiado a *La Voz de Guipúzcoa*. Asimismo insertó una carta de un vecino de Cirauqui en la que afirmaba que este pueblo era «en su mayoría carlista y por lo tanto enemigo acérrimo de esa fantochada»⁷¹.

⁶⁸ *El Eco de Navarra*, 22-V-1903.

⁶⁹ *La Tradición Navarra*, 23-V-1903.

⁷⁰ El corresponsal de *El Liberal* y de otros periódicos era José Goñi Eguinoa (Orbaiceta, 1871-Pamplona, 1955), que en 1937 fue destituido de su empleo en la Diputación de Navarra y detenido. Sus hijos, José (Pamplona, 1904) y Salvador Goñi Urriza (Pamplona, 1902), fueron dirigentes del PSOE en Navarra y tras la guerra civil murieron en el exilio [GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., (Coordinador), *El exilio republicano navarro de 1939*, pp. 429-441].

⁷¹ *El Pensamiento Navarro*, 23, 24, 26-V-1903.

En alguna medida la *fiesta liberal* reseñada debió de servir para que los pamploneses más jóvenes supiesen el origen y significado de los nombres de las calles, que seguramente ya era conocido por sus mayores, al menos en lo relativo a la denominada «Dos de Febrero». Como se ha dicho en la página 17 respecto a 1883, todavía a principios del xx, ese día los liberales pamploneses se reunían en un banquete y, el citado semanario republicano *El Porvenir Navarro* (1898-1913) y el diario canalejista *El Demócrata Navarro* (1904-1913) recordaban el significado de la fecha. Así lo hemos comprobado en el primero el 1 de febrero de 1908, cuando habló de los defensores de Pamplona y del ejército que «limpiaron de la lepra facciosa los alrededores de esta capital», y en el segundo en 1906, 1907, 1912 y 1913. El 2 de febrero de 1906 el segundo aprovechó la fecha, «tan gloriosa para los liberales navarros» para enaltecer al ejército y transmitir a las nuevas generaciones «el amor inquebrantable a la Patria», en un momento en que algunos (implícitamente los nacionalistas) la atacaban. Asimismo, en la misma fecha de 1913, al hablar del final del sitio de Pamplona durante la última guerra carlista que había terminado 38 años antes, aludió a los horrores que había soportado la capital navarra, asediada por «las hordas del carlismo... feroces guerrillas volantes y batallones dirigidos por cabecillas fieros y sanguinarios nada avaros de la sangre de sus hermanos». También rindió homenaje a todos los que habían defendido la ciudad y recordó las dos guerras civiles sostenidas en treinta años «en pro de una causa caduca, cuyo ideal antiprogresivo y cuyos anhelos oscurantistas no encontraron eco en el generoso y noble pecho de los españoles»⁷².

Los carlistas pamploneses, si bien en alguna sesión municipal, por ejemplo en 1917, sus concejales aludieron a que tales nombres les resultaban insultantes y mortificantes, no se decidieron a cambiarlos por los antiguos⁷³. Desconocemos en qué medida influyeron en ello razones prácticas, como la de evitar dificultades en la inscripción de fincas, etc. En todo caso, independientemente de su mayor o menor uso por el público, la

⁷² Por entonces Nakens describió lo sucedido en Cirauqui en un tono similar al del *Parte detallado* de Tirso Lacalle (*Almanaque del Carlismo para los años 1913 a 1999, por «El Motín», dedicado al obispo de Barcelona D. Juan Laguarda*, Madrid, Imp. de Domingo Blanco, 1912, pp. 171 y 172).

⁷³ En 1916, a propósito de una moción que pedía que se dedicase una plaza médico republicano Agustín Blasco Michelena (Pamplona, 1837-1898), por su gestión como alcalde en 1894 y 1895, el concejal carlista Carlos Eyaralar dijo que «si se le da un carácter político a dicha plaza y desde el momento que esto ocurra ya no puede ser estable el acuerdo» (A.M.P., Actas del ayuntamiento, libro 166, 23 de marzo de 1916).

mera existencia de los rótulos constituyó un recordatorio de los hechos relatados hasta la guerra civil.

2. Los cambios definitivos de 1936-1937

Como es sobradamente conocido, la postura de Pamplona en julio de 1936 fue muy diferente a la de julio de 1873. El nuevo estado de cosas iniciado en el verano de 1936 llevó aparejado el cambio definitivo de los nombres de las calles que recordaban los «lugares de memoria» liberal reñados hasta aquí.

En efecto, en la sesión del ayuntamiento de Pamplona del 23 de octubre de ese año, fuera del orden del día y previa la declaración de urgencia, se aprobó una propuesta del alcalde en la que se hablaba de los festejos que se organizarían (declarar el día festivo, celebrar un *Te Deum* en la catedral, etc.) para celebrar la próxima entrada de los sublevados en Madrid, hecho que «representará la apoteosis de un triunfo en el que los buenos españoles ponemos siempre la fe y sacrificios necesarios». También se refería al «heroísmo, abnegación y generosidad con que Navarra colabora en esta empresa nacional, viniendo a ser la Covadonga de esta reconquista española, en la que desde el primer momento todos sus hombres quedaron en armas al lado del Ejército». Después proponía levantar un monumento para conmemorar «la gran empresa nacional», dar el nombre de avenida del General Franco y el de plaza del General Mola a las que desde el 10 de junio de 1931 estaban dedicadas a Galán y García Hernández y a Pablo Iglesias, respectivamente, y asistir en corporación al descubrimiento de las placas correspondientes. Esta proposición fue acogida y aprobada con entusiasmo por los ediles, que seguidamente hicieron lo propio con la de restituir el nombre de Plaza del Castillo para la Plaza de la República y el de Chapitela para la de Héroes de Estella⁷⁴.

Esta última variación fue ratificada por el ayuntamiento el 13 de noviembre siguiente. Partiendo de consideraciones técnicas (evitar dos o tres nombres para tramos de una misma calle, interpolación de números de una calle en otra), se proponía rectificar los nombres de las calles, «a base de aquéllos que el pueblo mantiene no obstante los cambios legales acordados». A pesar de esta aséptica declaración, el objetivo manifiestamente político de la propuesta quedó claro en el primero de los numerosos cambios que abarcaba: restablecer los antiguos nombres de Plaza del Castillo,

⁷⁴ A.M.P., Actas del Ayuntamiento, libro 36, sesión del 23 de octubre de 1936.

y calles de la Chapitela, de San Antón, Nueva y Comedias en sustitución de las que se llamaban Plaza de la República, Héroes de Estella, Mártires de Cirauqui, Capitán Mangado⁷⁵ y Dos de Febrero y General Moriones, que se unía a la anterior y pasaban a tener una sola denominación. Después, entre otros cambios, se proponía el de Avenida de San Jorge a la que desde el 16 de septiembre de 1931 era de Alcalá Zamora. Sin embargo, aunque en la misma sesión algunos concejales propusieron los nombres de general Zumalacárregui y Vázquez de Mella, no hubo ninguna alusión a las calles que llevaban los nombres de dos personalidades liberales navarras de gran relieve, Francisco Espoz y Mina y Pascual Madoz⁷⁶.

Los cambios referidos se volvieron a ratificar en la sesión del 4 de marzo siguiente en la que se aprobó un informe conjunto de las Comisiones de Ensanche y Fomento que hicieron constar de nuevo la conveniencia de restablecer los nombres antiguos porque de este modo se lograba «la normalización en las denominaciones y respetar nombres tradicionales». En las actas del ayuntamiento, y por ello seguramente tampoco en el informe, no aparece juicio de valor de ningún tipo sobre el significado de los lugares de memoria liberal o los personajes republicanos cuyos nombres fueron sustituidos. Sin embargo, en otros propuestos para algunas nuevas calles se hace constar las razones políticas acordes con la nueva situación. Así en la de Mártires de la Patria, «con el fin de recordar a cuantos luchando por el honor de España, caen en los campos de batalla y a cuantos víctimas de persecuciones por las hordas marxistas son vilmente asesinados», o Joaquín Beúnza «en recuerdo a tan destacada personalidad navarra vilmente asesinada por las hordas marxistas en el Fuente de Guadalupe»⁷⁷.

Durante la Transición algunos de los nombres de estas calles (Franco y Mola) fueron cambiados, pero nadie se acordó de los que recordaban los episodios de tradición liberal de la última guerra carlista, lo que induda-

⁷⁵ Este nombre se había adoptado el 10 de junio de 1931 para recordar al capitán de carabineros pamplonés que murió en 1884 en el Pirineo navarro cuando participaba en un alzamiento republicano (ARAZURI, J.J., *Pamplona Calles y Barrios*, Pamplona, 1980, t. I, p. 128).

⁷⁶ A.M.P., Actas del Ayuntamiento, libro 36, sesión del 13 de noviembre de 1936. La decisión de dedicar una calle a Espoz y Mina fue tomada por el Ayuntamiento el 6 de octubre de 1855, considerando que en el claustro de la catedral se había colocado un sepulcro para conservar los restos del general que no llegarían hasta 1872. El acuerdo de poner el nombre de Pascual Madoz a otra vía, que ni siquiera tenía fachadas, es del 18 de enero de 1890 (ARAZURI, J.J., *Pamplona Calles y Barrios*, t. II, pp. 63-68, 197, 198).

⁷⁷ *Ibidem*, libro 19, sesión del 4 de marzo de 1937.

blemente ha contribuido a que hayan caído aún más en el olvido, que como ha señalado Michonneau no es una no-memoria, sino «una memoria al revés»⁷⁸. De este modo, todo lo aquí relatado es desconocido por la inmensa mayoría de los navarros en los que si ha operado una «política de memoria» de signo tradicionalista.

⁷⁸ MICHONNEAU, S., «Políticas d memoria en Barcelona al final del siglo XIX», *Ayer* 35 (1999), p. 104.